

racion á los que tenían noticia de socorros tan oportunos. En la misma ciudad de Avila se le apareció el santo Patriarca prometiéndole su asistencia en la fábrica del convento; y cuando fué necesario su patrocinio, cumplió generosamente su promesa. Antes dije que el Señor San José sanó á la santa madre Teresa de un mal incurable; mas no fué esta la única vez en que milagrosamente le dió la vida. Repitió el Santo otro favor semejante, con que en cierta ocasion libró de la muerte á Teresa y á otras de sus hijas, que iban á fundar un convento en honra de su Señor San José. El prodigio aconteció de esta manera. Habiendo errado el cochero el camino, metió el coche en un precipicio, donde sin milagro no podia menos que morir la santa madre con sus hijas. Mas estando en el mayor riesgo á pique de perecer, se oyó una voz que salia de una elevada roca, diciendo al cochero que se parase y que tomara otro camino. Obedeció prontamente, y cuando la santa madre se vió fuera del peligro, buscó al bienhechor que la habia librado del próximo fracaso para agradecerle tan oportuno beneficio, y no encontrán-

dolo por todo aquel sitio, dijo á sus compañeras con palabras llenas de amor, de agradecimiento y de ternura: *hijas mías, mi amado Padre y Señor San José es el que nos ha librado de la muerte, sacándonos de tan evidente riesgo.* Estos beneficios, que con otros sacados de historiadores dignos de ser creídos, refiere el Patriñani, confirman la proteccion especial del Esposo de la Madre de Dios hácia aquella alma prodigiosa que lo miraba como al refugio comun en todas las necesidades y trabajos de esta vida.

CAPITULO XII.

El Señor San José favorece á las almas que se dan á la vida espiritual, y principalmente á las que desean unirse con Dios en el ejercicio de la oracion.

Furo el Señor San José concordar en este mundo el trabajo de su oficio y su glorioso ministerio con la continua y más alta contemplacion, como escribe San Atanasio, y ahora que está en el cielo cogiendo el fruto de las gloriosas acciones de su santísima vida, se emplea en ayudar á las almas que se dedican al ejercicio

de la oracion. Descendamos, dice el P. Barrí, á un caso particular, y veremos claro, como las luces del sol, su especial patrocinio en esta materia. El ejemplo que se ofrece á nuestra vista es la esclarecida alma de Santa Teresa de Jesus, quien debajo del amparo del Señor San José, subió como las águilas á la cima de la contemplacion, y fué tambien causa de que subieran otras almas, que siguiendo sus consejos, escogieron al santo Patriarca por maestro y protector. Entre éstas, que no han sido pocas, se cuentan dos personas que el citado P. Barrí, gran maestro de espíritu, dice haber conocido, las que deseando darse á la oracion, no se resolvian á poner por obra sus deseos por las dificultades que les embarazaban este ejercicio. Mas habiendo elegido al Señor San José por su director, vieron de repente vencidos los impedimentos, y sembrado de celestiales y apacibles delicias aquel camino que antes les parecia estar cubierto de espinas y de arena la más estéril. Otra persona, añade el mismo autor, deseando verse del todo libre de las distracciones que la perturbaban en el tiempo de su oracion, tomó al santo Patriarca

por su abogado, y con su patrocinio obtuvo más de lo que habia pretendido; pues no solo alcanzó la gracia de una elevadísima oracion, sino que tambien consiguió el que estando dormida no le viniesen sueños impuros, haciéndose semejante por uno y otro favor á la purísima alma del Señor San José, de quien dijo la elocuencia del Crisóstomo, que convenia que fuese por razon de su ministerio un espíritu libre de aquellas inquietudes que llevan consigo los pensamientos importunos y las molestias que quitan su reposo y serenidad al corazon.

La misma tranquilidad concedió, segun la relacion del Padre Barrí, á una religiosa que fuertemente combatida de tentaciones en el tiempo de la oracion y de otros ejercicios espirituales, habia perdido la esperanza de conseguir aquella preciosa libertad, que es como una prenda y señal de la amistad divina; mas no rindiéndose del todo á la desconfianza, recurrió á la Madre de los atribulados con esta súplica: Madre y Señora mia, alcánzame en esta borrasca de molestias que me perturban, aquella paz y perfecta tranquilidad de que necesito, para tratar con mi Dios

con un corazón sereno y fervoroso: y cuando tú no quieras escuchar mis humildes súplicas, dignate de inspirarme uno de aquellos Santos que son más amados en el cielo, á quien invocar en estas angustias que ahogan mi pecho. Apenas habia concluido su peticion, cuando se presentó á los ojos de su entendimiento el Señor San José, llenándola de un torrente de serenidad y de interiores delicias, que le hicieron olvidar aquellas crueles aflicciones que le quitaban la esperanza de unirse estrechamente con su Señor en el santo ejercicio de la oracion.

CAPITULO XIII.

Patrocinio del Señor San José para con los pecadores que desean convertirse á Dios.

EL Señor San José, si hemos de hablar con la claridad de que son dignas sus benéficas influencias, tiene comunicadas las bellisimas cualidades de aquel Padre celestial que hace nacer el sol, para que así á los buenos como á los malos alumbre con sus luces y los caliente con sus rayos; porque quando favorece y ayuda á los

justos, no niega su intercesion á los pecadores. Nos demuestran esta igualdad de sus beneficios, maravillosos acaecimientos en que visiblemente se ha conocido la poderosa y universal proteccion del Señor San José. El primer favor de los que referiré, lo hizo en Venecia, donde segun Isidoro Isolano, vivia cierto caballero, que con la devocion de orar todos los dias delante de una imágen del Señor San José, juntaba la mala costumbre de no observar la ley de Dios. Enfermó este noble veneciano, y hallándose por lo grave de la enfermedad y de sus pecados en peligro de perder una y otra vida, vió que entraba en su cuarto un personage muy parecido á la imágen ante quien hacia oracion todos los dias, y con su vista y presencia conoció claramente la fealdad de los pecados en que habia vivido como insensible; y sin detenerse hizo una dolorosa confesion, y acabada ésta, entregó el alma á su Criador en el mismo momento en que acabó de dar la absolucion el sacerdote.

El segundo favor hizo el Señor San José en el mismo tiempo en que el Padre Barrí estaba escribiendo el libro de la devocion del santísimo

Patriarca, donde refiere el caso de esta suerte. Cierta persona, habiendo quebrantado un voto que tenia hecho á Dios, no se atrevia á manifestar aquella culpa en el tribunal de la penitencia, vencida de la vergüenza que le causaba la confesion de aquel delito. Perseveró en estado tan infeliz por algun tiempo; mas considerando que sin descubrir las culpas cometidas al confesor, era imposible sacarse aquella espina que tenia atravesada en el corazon, y que era el continuo tormento de su conciencia, se determinó á implorar el patrocinio de San José, para que el Santo le inspirase la resolucion y modo de vencer aquella repugnancia que le hacia callar el pecado que habia cometido contra el voto. Para obtener la gracia que deseaba, rezó por nueve dias á San José el himno y la oracion que está en su oficio. Acabado este novenario, se sintió tan movida y resuelta á confesar su antigua culpa, que sin repugnancia se fué á los piés de un confesor y le manifestó el delito que por largo tiempo tuvo oculto. Conseguida esta gracia, eligió al santo Patriarca por su Custodio, y para tener más asegurada su proteccion, traia consigo

una imágen suya, que no apartaba de sí aun en el tiempo de dormir, para que tambien le sirviese de escudo contra los sueños indecentes. San José se dió por obligado á ampararla; porque la misma persona confesó, que desde aquel dia en que se puso debajo de su sombra, eran continuos y singularísimos los favores de que la llenaba su protector.

El tercer favor referido tambien por el Padre Barrí, fué haber librado á dos personas fuertemente combatidas de la impureza. La intercesion del Señor San José es universal y poderosa para conseguir todas las gracias; pero se deja ver más eficaz y victoriosa en aquellos lances en que corre peligro la castidad, que es aquella amable virtud que el mismo Santo mantuvo floreciente con las asperezas con que continuamente afligia su virginal cuerpo, segun la sentencia del doctísimo Salmeron.

El cuarto favor, fué el glorioso triunfo con que el Señor San José hizo mudar de vida á un soldado francés, de quien habla el citado Barrí. Este fué un jóven de la ciudad de Leon que antes habia vivido con tan ejemplares costum-

bres, que ya estaba resuelto á dejar el mundo para poner más á cubierto su salvacion. Pero sus padres lo apartaron de aquel dictámen, y él comenzó á soltar la rienda á la libertad juvenil, hasta darse á una vida del todo licenciosa. Se salió, como el hijo pródigo, de la casa de sus padres, y tomando el uniforme y librea de aquella gente de quien dijo cierto poeta, que suele andar reñida con la piedad, hizo tan pública profesion de los vicios, que era tenido por el escándalo de la tropa. Los padres, viendo que su hijo más seguia las banderas de Vénus que las de Marte, lloraban sin consuelo su perdicion. Pretendieron conquistarle con su llanto, y á este fin le enviaban cartas bañadas con la tinta de sus lágrimas, convidándolo con su casa, donde abandonada la malicia, seria bien recibido. Las cartas no hacian impresion en aquel jóven, que estaba duro como los mármoles, y tan sordo como los áspides. Por lo cual, sus padres tomaron otro partido, y fué implorar el socorro del Señor San José, á quien fervorosamente suplicaron que recibiese debájo de su proteccion á aquel hijo insolente, para que no perdiere la eterna

felicidad. El Santo, atendiendo la piadosa súplica, le alcanzó tal arrepentimiento de sus culpas, que mudado en otro de repente abandonó la malicia, y restituyéndose á la casa de sus padres, renovó los antiguos fervores de aquella virtud que habia dejado. Este beneficio, que verdaderamente fué singular, de tal modo se le debió al Señor San José, que Dios en aquellas circunstancias y estado de aquel pecador poseido de la maldad, quizá no lo hubiera concedido por la intercesion y patrocinio de otro Santo; porque el Señor, segun la doctrina de San Ambrosio y de los teólogos, tiene reservada la gracia de la conversion, al patrocinio de aquellos Santos que más se señalaron en su amistad. El Señor San José por su mérito y autoridad de Esposo de la Madre de Dios, no tiene igual á lo menos en esta línea. Por donde debemos confesar, que fácilmente alcanzará aquel perdon de nuestras culpas y gracia de convertirnos á la Divina Magestad, que por ventura no obtendriamos por las súplicas de otros Santos, que en el cielo no tienen el mismo valimiento para con Jesus y con María.

CAPITULO XIV.

Beneficios en que se deja ver la poderosa intercesion del Señor San José, cuando se implora su patrocinio para conseguir la salud del cuerpo.

A quien tiene poder y valimiento en lo que es más, no se ha de negar en lo que es menos. El Señor San José nos ha hecho ver con la luz de sus mismos beneficios y con el esplendor de su dignidad, que es fácil á su patrocinio cuando lo invocan los mortales, para el bien y remedio de sus conciencias, lo que seria difícil á otros intercesores que no son tan amados y tan poderosos en el cielo. Siendo esto así, ¿quién no ha de creer que su proteccion igualmente se estienda á aquellas gracias que perteneciendo al órden inferior de la naturaleza y de los cuerpos no son tan relevantes como las que se dirigen á la grandeza de las almas? Y más, cuando los favores que leemos en las historias, nos obligan á confesar que el patrocinio del Padre de Jesus y Es-

poso de la Virgen María, es universal y el más poderoso para conseguir cualquiera gracia, ó sea para bien de las almas ó para alivio y socorro de los cuerpos. Pudiera referir para confirmar esta proteccion, todos aquellos beneficios que ha hecho el Señor San José en Flandes y en la Francia, segun la relacion de los continuadores de Bolando; pero quiero omitirlos, contentándome con referir dos prodigios, que invocado, hizo el Señor San José. El uno, conteniendo la violencia del fuego, y el otro, poniendo freno al mar y á la vehemencia y cólera de sus olas. En el año de 1631, en que el Vesubio, que está en los contornos de la ciudad de Nápoles, arrojó casi todo el fuego que tenia oculto en sus entrañas, estuvo para perecer un niño llamado José, á quien por una parte cercó el mar y por otra un torrente de llamas que salian de aquel formidable volcan, que parecia hacer alarde de sus incendios. Vió al niño metido en aquel peligro en que huyendo del fuego apresuradamente lo habia dejado una tia suya que lo llevaba en su compañía, y no halló modo más oportuno de librarlo de la muerte, que recurrir al Padre de

Jesús con esta súplica: *San José, te encomiendo á Josefito: sírvale de defensa el tener tu nombre.* Apenas la afligida muger había hecho su fervorosa deprecacion, cuando vió de repente al niño fuera del riesgo, el que preguntado cómo había salido de aquel peligro tan grande, riéndose respondió, que el Señor San José, á quien ella lo había encomendado, lo puso prontamente fuera del riesgo.

Del fuego pasemos á las aguas y veremos otro prodigio del Señor San José, con que libró de la muerte á tres religiosos franciscanos en el naufragio que padecieron por causa de una tormenta de las más terribles que han sucedido en el mar de Flandes. Llevaban estos religiosos tres dias de naufragio sobre una tabla, cuando el Señor San José, á quien se volvieron como á la estrella y sagrada áncora de su esperanza en aquella tormenta en que las olas se equivocaban con los montes, se dignó de favorecerlos. Invocaron al santo Patriarca desde el principio de su desgracia; mas queriendo éste probar en aquella consternacion los quilates de su confianza, dilató lo más eficaz de su patrocinio hasta

el tercer dia, en que en trage de un gallardo y magestuoso jóven se les apareció sobre aquella tabla que era el juguete de las aguas enfurecidas, y saludándolos con afabilidad de Padre, infundió aliento á sus corazones oprimidos, y fuerzas á sus miembros debilitados con la fatiga de dos dias de naufragio, y haciendo juntamente el oficio de marinero los condujo á la ribera. Hasta allí el jóven no había dicho quien era; mas preguntándole por su nombre, respondió, que era San José, al que dieron los religiosos rendidamente las gracias por beneficio tan singular. El Santo no solo los socorrió, sino que tambien les dejó declarados los siete gozos y dolores que tuvo en esta vida, diciéndoles, que tendrian muy favorable su patrocinio los que hiciesen memoria de ellos. Dicho esto, desapareció, dejándolos llenos de agradecimiento y de consuelo aquel José á quien Dios quiso llevar en este mundo por los caminos de las tribulaciones y de los gozos.

En esta ocasion hizo el Señor San José el oficio de piloto y de marinero. En otras se ha presentado como médico, sanando de enferme-

dades incurables, ya en la ciudad de Leon de Francia, treatro, como dice el Patriñani, de las maravillas de San José, y ya en otras ciudades de que hablan los continuadores de Bolando. El P. Barrí refiere tambien muchos favores que ha concedido el Señor San José á los que invocaron su patrocinio, de los cuales diré uno con las mismas palabras de este escritor da las maravillas del Señor San José. «Este milagro, dice el Barrí, era digno de que yo lo refiriera con todas sus circunstancias; mas no lo hago, porque remito la relacion que corre autorizada con el nombre de M. N., obispo de Potiers, quien aprobó aquella curacion milagrosa. El caso fué este: Sor Juana, priora de las monjas de Santa Ursula en Leon, cayó gravemente enferma de un agudísimo dolor de pecho, acompañado de una calentura maligna. El mal, á juicio de los médicos, era incurable. Por donde la enferma creyó estar en los últimos momentos de su vida: y ciertamente hubiera pasado al otro mundo, si San José, su especial abogado, no se le hubiera aparecido con el remedio. Hallándose, pues, afligida con la vehemencia del

«dolor, de repente se mudó la celda en un paraíso con la presencia del Rey de los Santos «San José, á quien vió sentado sobre una nube «resplandeciente, con un rostro más hermoso «que el sol, y con una bellissima magestad superior en todo á la humana. Su edad parecia ser «como de cuarenta años. El cabello de color de «castaña, suelto, y que bellamente estendido, «resplandecia como las estrellas del firmamento. «El Santo primero miró á la enferma con ojos «apacibles y que respiraban delicias celestiales; «y despues acercándose á la cama, le puso la «mano sobre el costado donde estaba la raíz de «aquel accidente mortal, y la untó con un aceite «y con otro licor venidos del Paraiso, con los «que la madre priora fué restituida perfectamente á la salud de que habia gozado antes «de aquella enfermedad. El médico era un herege calvinista, que quedando sorprendido y «como fuera de sí, no acertaba á proferir una «palabra. Mas por último, no pudiendo callar, «dijo, que aquella era una mutacion estravagante; pero que tambien Dios lo podia todo.»

En Amberes esperimentó otro favor, que fué

más extraordinario que el referido, otra religiosa del convento de Facontina, donde está una magnífica capilla del Señor San José. Esta religiosa, cuyo nombre era Isabel, habia padecido por tres años y tres meses gravísimos dolores de piedra. Los médicos, que por las señas habian juzgado que la piedra era tan grande que no podia deshacerse con los remedios, dieron por desesperada la cura. La paciente viéndose abandonada de los médicos, buscó en otro médico su remedio, poniendo su confianza en el Señor San José que es el alivio universal en las dolencias. Se acogió á su proteccion haciéndole algunos obsequios al Santo, y con tal confianza, que no dudó decir á la priora estas palabras: Madre, tenga por cierto que con el favor de San José le he de traer en mis manos la piedra que me atormenta. Entre tanto crecia Sor Isabel en el afecto y en la esperanza. En el dia 10 de junio le acometió el dolor con más vehemencia que otras veces. Pero la enferma no perdió por esto la confianza que habia concebido de sanar; antes bien hincándose delante de una imagen de San José, con toda la elocuencia de sus lágrimas im-

ploró su poderoso patrocinio, y estando en esta súplica, sin lesion y sin dolor alguno le salió una piedra tan grande como un huevo de gallina, la que, como habia prometido á la madre priora, se la llevó en sus manos, y despues se fué con las monjas á dar gracias á su médico. En el año siguiente, á 3 de enero, se hizo la informacion de este milagro, y se autenticó con todas las formalidades de derecho. La piedra, que pesaba tres onzas, quedó colgada en el altar del Señor San José para perpetua memoria de tan ruidoso milagro. Concurrió con otros á ver esta piedra un herege, que era doctor en medicina, el cual se vió obligado á hacer esta ingenua confesion: «yo en varios puntos soy contrario á la religion católica; mas considerando los estrechos conductos por donde debió pasar la piedra, y otras notabilísimas circunstancias, no puedo menos que tener por milagrosa esta sanidad.» El autor que hace mencion de este prodigio, es el Papebroquio, continuador de la obra de Bolando, donde se hallarán con éste otros beneficios que ha hecho el Omnipotente por la intercesion del Señor San José, en cuyo patrocinio, como afir-

man los citados continuadores, hallan socorro los pobres, las estériles fecundidad, los partos difíciles éxito feliz, guía los navegantes, así por mar como por tierra, albergue los peregrinos. El nombre de José, según el Padre Barrí, también es eficazísimo contra aquel género de brujas que hacen mal á los niños, y asegura que oyó decir á una persona de honor, que el Señor San José, por lo que había experimentado, era casi omnipotente contra esta especie de demonios.

Las religiones en sus necesidades temporales han hallado en la protección del Señor San José tan pronto como abundantes los socorros; y como dice el Patriñani, se ve un evidente testimonio de este patrocinio en las familias de Santa Teresa. Los Padres cartujos experimentaron también muy favorable la intercesión del santo Patriarca cuando lo invocaron á fin de tener novicios que abrazasen su instituto. En el Señor San José tienen abogado los que han perdido sus bienes de fortuna, y juzga el Patriñani que el Señor ha concedido el que debajo de su protección se hallen las cosas perdidas, por aquel dolor que padeció cuando se quedó el Niño Dios en el Templo.

CAPITULO XV.

Beneficios del Señor San José en las agonías de la muerte.

TIENE el mundo experimentado el poderoso patrocinio del Esposo de la Madre de Dios en todas las necesidades á que está espuesta aquella miseria con que nacen marcados los hijos del primer hombre. La Iglesia fuertemente afligida, ha respirado y ha mantenido sus derechos y sus honores con la sombra de tan ilustre y victorioso Patriarca. El catolicismo se conserva en los pueblos tan floreciente como aquellas azucenas que nacen y mantienen su brillantez entre las espinas que las oprimen. Las religiones han hallado el sustento y el remedio de la escasez, en la abundancia de los socorros más oportunos: los padres la buena conducta con que han dirigido á sus familias: los soberanos la paz de sus vasallos y las victorias de sus banderas: los enfermos se han visto sanar repentinamente de males adonde no llegaba la mayor eficacia de los reme-